

donde no hay fuente que corra, ni pájaro que cante; donde el laurel del poeta tiene ese color de cuero verde del cojín que usa para sentarse el jefe de una oficina! ¡Y pensar que yo, yo también, he subido á esos Parnasos! ¡Es menester ver de todo mientras se es joven! Pero aquello me duró lo que me duró el frac.

¡Pobrecillo y querido frac en aquella época! ¡Cuántas paredes de corredores estrechos rozó con sus faldones! ¡Cuántos pasamanos de escalera limpió con sus mangas! Recuerdo también haberlo lucido en los salones de la señora condesa de Chodsko. La Condesa tenía por marido á un sabio, ya viejo, al cual se le veía muy poco, y con quien no se contaba para nada. Ella debía haber sido muy guapa; entonces era una mujer alta, muy erguida y muy flaca, de aspecto dominante y casi malvado. Decía Murger, muy impresionado por ella, que la había pintado en su *Madama Olimpia*. En efecto, Murger tuvo una temporada de viajar por el gran mundo, y ese gran mundo fué el que descubrió. Gran mundo instalado un poco alto, por cierto, con

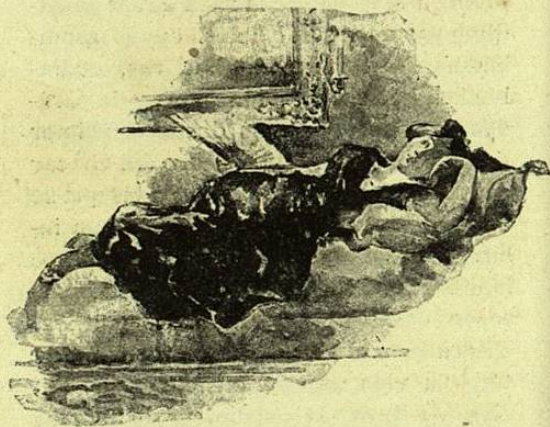
bastantes estrechuras, allá en un tercer piso de la calle de Tournon, en tres habitaciones tristes y pobres con balcones al patio. Estaban, sin embargo, muy frecuentados por gente no vulgar. Allí conocí á Philarète Chasles, genio inquieto, pluma nerviosa, de la raza de los Saint-Simon y de los Michelet, cuyas asombrosas *Memorias*, batalladoras, endiabladas, hechas de acometidas y de paradas en firme, y llenas desde el primer capítulo hasta el último como del chocar continuo de floretes y de espadas que se cruzan, son publicadas hoy y pasan inadvertidas en un París verdaderamente indiferente á todo lo que no sea ocuparse en cosas de pintura ó de política. Literato en el fondo, pero atormentado toda su vida, como Balzac, por sus aficiones á llevar la existencia de un rico y de undandy, vivió, siendo bibliotecario, á las puertas mismas de la Academia, la cual, no se sabe por qué, no quiso admitirlo nunca en su seno, y murió del cólera en Venecia.

Allí conocí también á Pedro Véron, á Filiberto Audebrand y á una pareja cu-



riosa, muy curiosa y muy simpática á la vez, la cual voy á presentaros, con vuestro permiso.

Ya estamos en el salón; sentémonos y miremos: se abre la puerta y entran Philoxène Boyer y su mujer.



¡Philoxène Boyer! ¡Otro de esos chicos extraños, terror y castigo de las familias, producciones del azar que no explica ningún atavismo; semillas traídas, no se sabe de dónde, por el viento, por encima del mar, y que un día vienen á nacer con su follaje excéntricamente cor-

tado y sus flores de una fragancia y de un color extraños—vienen á nacer y crecer—en un sembrado de coles, en la huerta de un burgués! Hijo de Boyer, el hombre que en su época sabía más griego en Francia; nacido entre dos páginas de un léxico; que siendo pequeño no había conocido, en materia de paseo y de jardín, más que el docto jardín de las raíces griegas; amantado con griego; enacitado con griego. Philoxène, con su

nombre griego, parecía positivamente destinado á ver inscrito su nombre con los de los Egger y los Estienne en el panteón de los helenistas. Pero el padre de Boyer no contaba con Balzac. Philoxène, como todos los estudiantes de aquel tiempo, tenía á Balzac en su





pupitre; y tanto, que habiendo heredado cien mil francos de su madre, lo primero que se le ocurrió fué venirse á París y comerse los cien mil francos como se los comen los personajes de Balzac. El proyecto fué llevado á la práctica de una manera muy regular: ramos de flores, deditos de guantes besados, duquesas conquistadas, mujeres con ojos divinos compradas, no faltó nada; y el todo coronado con una orgía loca, como la que se describe en la *Piel de zapa*.

La novela, es decir, los cien mil francos, duraron seis meses justos. El hijo del helenista se había divertido muchísimo. Con la bolsa vacía y el cerebro lleno de versos, declaró que en lo sucesivo ejercería el oficio de poeta. Pero estaba escrito que hasta que se muriera Philoxène sería una *victima del libro*. Abandonó á Balzac y tropezó con Shakespeare; Balzac no se le comió más que el dinero; pero Shakespeare acabó con su vida. Una mañana, probablemente á consecuencia de algún sueño, Philoxène despertó absolutamente poseído de la obra shakerperiana. Y como aquel hom-

bre voluntarioso y frágil, de humor suavemente violento, no sabía hacer las cosas á medias, desde aquella mañana se dedicó á Shakespeare en cuerpo y alma. Estudiar á Shakespeare, saberse lo de memoria, así sus sonetos más oscuros como sus obras más discutidas, era cosa de poca monta, y en realizarla no tardó más que algunos meses. Pero Philoxène pretendía algo más; quería escribir un libro sobre Shakespeare, un libro completo, definitivo, monumento digno del dios, en una palabra, y concibió el inverosímil proyecto de leer antes, para sacar la quinta esencia en ello, todo (pero todo, ¿eh? sin exceptuar el artículo más insignificante ni el documento más baladí), todo lo que desde hace doscientos años hasta nuestros días se ha escrito sobre Shakespeare. Amontonamiento de volúmenes empolvados bastante para edificar una nueva Babel; y la Babel ¡ay! estuvo bien pronto en la cabeza de Philoxène. Cinco mil, diez mil volúmenes sobre Shakespeare, de todos tamaños y escritos en todas las lenguas, amontonados hasta el techo,



obstruyendo los balcones, haciendo crujir las mesas bajo su peso, invadiendo las butacas, apiñados, desplomándose, devorando el aire y la luz; y allí en medio Philoxène tomando notas, mientras sus chiquillos berreaban. Porque se había casado sin darse de ello cuenta, y había tenido hijos de la lectura de un libro á la de otro.



Sobreexcitado por su idea fija, hablando solo, con la mirada puesta en el horizonte, ensimismado, andaba por las ca-

lles de París como un ciego. Su mujer, una criatura dulcísima, algo triste, iba con él á todas partes y le servía de Antígona. Veíaseles en el café de la Regencia siempre juntos. Ella le preparaba su ajenjo con cuidado, ajenjo claro, apenas teñido de un color de ópalo verdoso, porque el entusiasta poeta no había menester excitantes. Se la veía también en las sillas de primera fila oyendo las conferencias que Philoxène daba siempre

sobre Shakespeare en la sala del Muelle Malaquais. A veces no encontraba la palabra: — ¡triste espectáculo! — el orador buscaba, se crispaba en vano. Todos comprendían que en aquella cabeza demasiado llena, las ideas, las frases se atropellaban sin encontrar salida, como una muchedumbre enloquecida agolpada á



una puerta en un incendio. La mujer, que adivinaba la palabra, sugería dulcemente, maternalmente. La frase salía, volaba por fin, y entonces, en medio de aquella cruel improvisación, de aquel gesticular frenético, había rasgos brillantes, arrebatos elocuentes.

En el fondo de aquel loco tranquilo ha-



bía un poeta. Philoxène acabó tristemente, trabajando en cosas sin lucimiento para vivir y comprar libros, pensando siempre en su grandioso estudio sobre Shakespeare, sin poder escribirlo jamás. Porque quería leer todo lo que se escribiese sobre el gran poeta inglés, y todos los días se publicaban en Alemania y en Inglaterra libros y folletos nuevos, que le obligaban á dejar para el día siguiente el principiar su trabajo.

Ha muerto dejando por todo bagaje literario dos actos escritos en colaboración con Teodoro de Banville, un *Poli-chinela* sin concluir, de un corte bastante original, y remendado después por algunos de esos que hacen arreglos de las cosas ajenas, y un tomo de poesías recogidas y editadas por sus amigos. Se había conseguido un destinillo de administradora de Correos para su viuda. Después de haber llorado mucho á su poeta, aquella buena y sencilla mujer se volvió á casar hace dos años. ¿Sabéis con quién? Con el cartero.

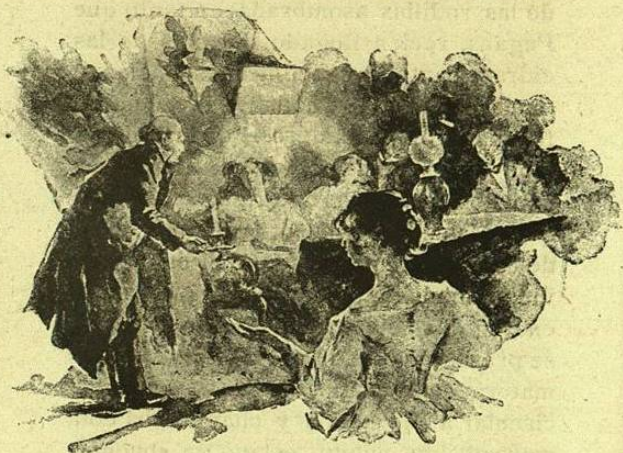
¿No he hecho bien llamando vuestra atención sobre Philoxène y su mujer?

Yo por mí sé decir que no puedo olvidarlos, y que me parece estar viéndolos todavía allí sentados, discretos y tímidos, en un rincón del salón; él agitado por nerviosos sobresaltos; ella apretando las rodillas asombrada; en tanto que Pagans, recién llegado del país de las cidras, cantaba canciones españolas; y que la condesa de Chodsko servía un té, frío y claro—verdadero té de la emigración—á soberbios polacos, de abundosos cabellos, retorcidos en grandes melenas, que caían sobre la nuca, ardientes, color de espiga quemada; y que el bueno del viejo Chodsko, á las doce de la noche en punto, con la regularidad de un cuco, se presentaba en la puerta con una palmatoria en la mano, dirigía una mirada circular á la reunión y chapurraba con marcadísimo acento eslavo un «buenos días, señores,» á personas que le han sido presentadas, pero á las cuales no conoce, y luego desaparecía mecánicamente tras los pliegues de un portière.

El deseo de lucir mi frac me llevaba algunas veces más lejos, allá, al otro extremo de París, al otro lado del Sena.

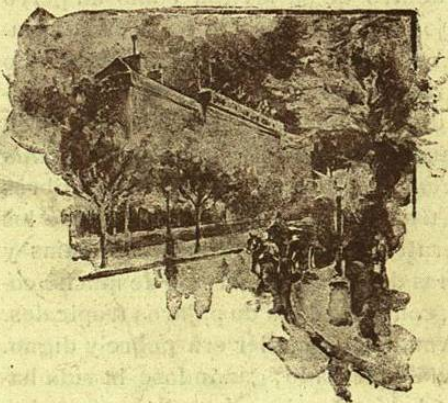


Andaba largo rato por los muelles aspirando el olor de las bestias, oyendo rugir los leones al otro lado de la verja del Jardín de Plantas; pasaba un puente, contemplaba á la luz de los faroles de



gas, ó al resplandor de la luna, los fantásticos frontis y el esquilón de las ruinas del hotel de Lavalette; luego llegaba al Arsenal, al antiguo Arsenal, hoy Biblioteca, con su larga verja, su gradería, su puerta del tiempo de Vauban, donde se ven esculpidas unas bombardas; el Ar-

senal, lleno todavía de recuerdos de Carlos Nodier. Nodier no estaba allí ya: el saloncillo verde, que fué tan célebre, del cual salió el romanticismo que vió á Musset, á Víctor Hugo y á Jorge Sand



llorar al oír las aventuras del perro de Brisquet; el saloncillo verde, más célebre, y con razón, que el salón azul de Arténice, era ocupado ahora por Eugenio Loudun.

El espíritu revolucionario, el espíritu de libertad, no flotaba ya en sus cortina-



jes. Después de las campañas del romanticismo, los obreros poetas, los versificadores cristianos se habían colado en ese octavo castillo del rey de Bohemia. De los antiguos románticos, uno sólo quedaba, firme en su puesto, estirado dentro de su levitón como un perro viejo hugonote metido en su armadura.

Era Amadeo Pommier un artesano maravilloso en palabras y rimas, el amigo de los Dondey y de los Petrus Borel, el autor de *El Infierno*, de *Calaveradas y deudas del corazón*, hermosos libros de títulos relumbrantes, regalo de los literatos, espanto de las Academias y llenos de versos sonoros y de mucho color, como bandada de pájaros tropicales.

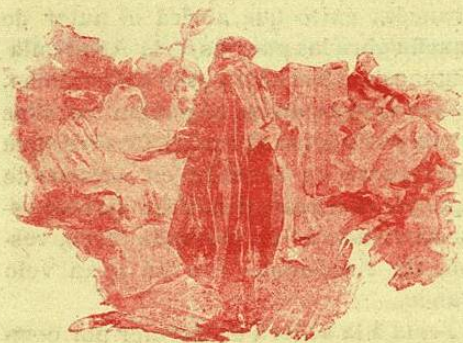
Amadeo Pommier era pobre y digno. Vivía encerrado, ganándose la vida haciendo traducciones, que no firmaba, para la casa editorial de Hachette. Un pormenor curioso: en colaboración con Amadeo Pommier, Balzac, atormentado siempre por el deseo de hacer una gran comedia clásica, emprendió el *Orgon*, en cinco actos y en verso, que era la continuación del *Tartufe*.

En aquel salón verde del Arsenal conocí también á Enrique de Bornier. Recitaba á menudo pequeñas composiciones de versos muy buenos, de una de las cuales me acuerdo porque terminaba cada estrofa con este estribillo: «¡Eh, eh! ¡que no soy tan tonto!» Y no era tonto, efectivamente, el señor de Bornier, puesto que supo obtener con su *Hija de Roland* un ruidoso éxito en el Teatro Francés, éxito que abrirá al autor de aquella obra las puertas de la Academia. Algunas noches había gran zafarrancho, se llevaban biombos, se ponían las sillas en fila y se hacían charadas. Confieso que tomé parte yo también en algunas de aquellas charadas, y aún me parece estarme viendo en un mercado turco, vestido de circasiana, con un gran velo blanco.

Tenía á la señora de Bornier por compañera de esclavitud. Su marido, con turbante, representaba un Sultán, y nos compraba. El mercader de esclavos era ni más ni menos—y no os enfadéis—que el Sr. de L..., senador, ex ministro, en gran predicamento en aquella época, y



condenado después á no sé qué por inconsecuencias financieras. La caída del Imperio nos tenía preparadas muchas sorpresas; y este camino real que se llama la vida de París ofrece á veces vueltas y recodos muy singulares.



### MI TAMBORILERO

Estaba yo una mañana en mi casa todavía en la cama, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién es?

—¡Un hombre con una caja bastante grande!

Creí que se trataba de algún encargo remitido por ferrocarril; pero en lugar del esperado mozo de la estación, se me presenta, en la semioscuridad de aquella mañana de Noviembre, un hombreci-